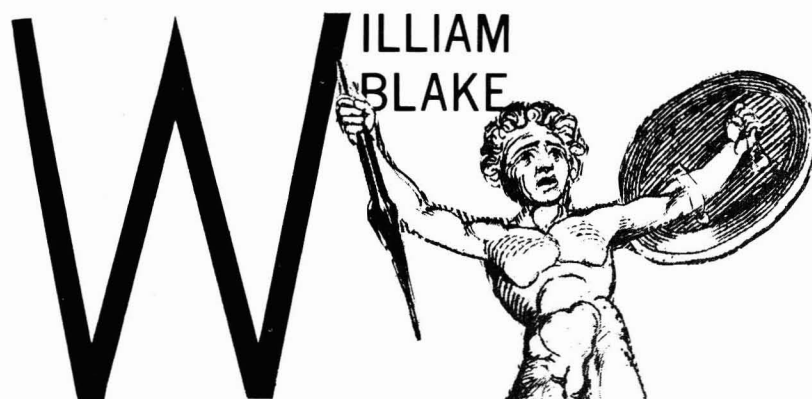




Entregado, desde su infancia hasta sus últimos instantes, a un persistente mundo de visiones de origen probablemente psicótico; influido por una diversidad de textos pertenecientes a una tradición que hoy parece subterránea o marginal (la Cábala, Paracelso, Swedenborg, Jacob Boheme); portavoz de una revolución que abarcaría no sólo la política y la sociedad, sino el universo de la percepción; formulador de una concepción que rebasa las distinciones convencionales sobre el bien y el mal; representante de un cristianismo herético y antiautoritario; rastreador, e impugnador de la represión sexual en todas sus formas; poeta de la percepción y la imaginación de la profecía y el exceso, Blake se perfila ante nuestros ojos como un escritor imprescindible y complejo, acaso más actual hoy que hace 150 años, cuando escribió su obra, y a quien es necesario acceder a través de una lectura cuidadosa y libre de prejuicios, a fin de no violentar ni deformar sus significados y sus símbolos.

Ambiciosa y totalizante, ordenada interiormente por una perspectiva que une en un solo cuerpo la revolución y la escatología, la ampliación de la percepción y el goce sensual, la poesía de Blake suscita interpretaciones encontradas e inconciliables. Producto de una genuina inspiración, la obra del autodidacta que es Blake no quiere diluirse ni degradarse ante el razonamiento silogístico o el "sentido común". De aquí la falta de coherencia o la ausencia de orden que algunos han atribuido a la obra blakeana. Sin embargo, por debajo o por encima de las apariencias, lo cierto es que su obra contiene una racionalidad y una coherencia acaso difíciles, pero no inexistentes. Desde las *Canciones de Inocencia* hasta *Los Cuatro Zoos*, *Milton* y *Jerusalem*, Blake exhibe la unidad de una obra que no puede fragmentarse, y que exige ser leída y comprendida como una totalidad, como una sola y continuada visión que se completa a sí misma, y que autocontiene las claves de su interpretación. Por ello, el

lector de Blake puede, sin consecuencias, prescindir del conocimiento de las fuentes gnósticas que lo nutren. Pero deberá, en cambio, poner entre paréntesis las tenazas de la racionalidad convencional, a fin de sumergirse en el mundo o en el río del poeta, sin ninguna defensa ni prevención, como quien quiere que sea la propia lectura la que haga surgir la otra racionalidad y la otra coherencia: las de Blake.

Acaso deba reprochársele al escritor su deliberada oscuridad. La tenebrosa opacidad de la noche blakeana, y no las prevenciones de la racionalidad pragmática, sería entonces la principal responsable de los malentendidos generados en torno al más radical y heterodoxo de los poetas del romanticismo inglés. Sin embargo, la noche de Blake es tan brillante como un sol oscuro eternizado en su mediodía. Su oscuridad deslumbra, ciega o confunde momentáneamente, pero acaba por mostrar las delicias y los terrores de una visión desconocida, que quiere reconciliar, sin prioridades de ninguna especie, al hombre actual con el Hombre Arquetípico, y al reino de lo temporal con el de la Eternidad. Parafraseando a Hegel, el pensador alemán con el que guarda más de una semejanza, se diría que su oscuridad es, mejor que nada, una "astucia" —no ya de la Razón— sino de la Imaginación, una "treta" del Genio Poético para cautivar y transformar al lector, hasta imponerle, o al menos hacerle considerar, sus verdades de fondo.

Las dificultades de un pensamiento que, deliberadamente, evita hacer concesiones a lo explícito, no están encaminadas, como puede pensarse, a aristocratizar las visiones blakeanas, permitiendo que sólo unos cuantos las conozcan, sino a obligar al lector a tomarlas en serio o a olvidarlas definitivamente. Los esfuerzos del lector por desentrañarlas, y por modificar o ajustar su sensibilidad personal a los materiales propuestos por la lectura, son ya una parte, así sea mínima, de la gran labor de liberación a que, de acuerdo a las ideas del poeta

romántico, debe ser sometido este mundo. De esta manera, la "oscuridad" del poeta aparece ya no como un defecto o una ausencia, sino como un elemento que cumple una función delimitada en el edificio blakeano, y que no puede eliminarse sin mutilar seriamente las concepciones del autor.

Así vistas las cosas, resulta algo más que repetitivo insistir en las dificultades que debe resolver el lector de lengua española para conocer, en profundidad, la obra de Blake. Sin embargo, a la lista esbozada, debe agregarse la escasez, la fragmentación y la discutible calidad de las traducciones existentes. Con excepción de las versiones de Bartra (*Primeros Libros Proféticos*, UNAM, 1961), que incluye por cierto una porción muy limitada de la obra de Blake, las otras que conocemos no pretenden generalmente ir más allá de lo literal, y alteran o empañan con no poca frecuencia el sentido de los originales. Este es el caso, por ejemplo, de un ambicioso proyecto que merecía, por la sola amplitud de su impulso, un destino mejor. Se trata del libro *Visiones*, de William Blake,* traducido y comentado por Enrique Caracciolo Trejo, y que tiene el mérito de recoger, aunque a veces de manera fragmentaria, lo más significativo e importante de la obra blakeana. Es cierto que ni la traducción ni los comentarios resultan particularmente afortunados. En cuanto a la traducción, la ventaja del texto reside en su carácter bilingüe: quien tenga nociones del inglés, confrontará inmediatamente con el original sus dudas de lector. Los comentarios, en cambio, están en el libro sin ningún atenuante. Enrique Caracciolo insiste en la complaciente y casi siempre inexacta pretensión de despojar a la obra artística de sus connotaciones críticas. La sublimación, la eterización represiva y la "espiritualización" de la obra de Blake, al transmutar las visiones del revolucionario y el heterodoxo en las de un ser curiosamente a-histórico, a-sexual y a-temporal, constituyen una aberración demasiado tri-

* Era, México, 1974, 286 pp.



llada, a la que una cierta "crítica" nos ha acostumbrado hasta el cansancio.

Mejor que detenemos a demostrar que la imaginación blakeana, con todo y sus dosis de misticismo, nunca se coloca como una entidad abstracta y salvadora, al margen de la historia; parece conveniente que hagamos algunos comentarios en torno a los principales libros que configuran la peculiar cosmovisión del poeta inglés.

LAS CANCIONES DE INOCENCIA Y EXPERIENCIA

*"Niños del Porvenir,
Leyendo esta página indignada,
Sabed que en tiempos idos
¡El amor! ¡El dulce Amor! por Crimen fue tenido."*

W. B.

No es una simple casualidad que el libro *Canciones de Inocencia* vea la luz pública en 1789, el año de la Revolución Francesa. En dado caso, la fecha es sintomática; indica el clima cultural (y social, etc.) de la época —del que Blake participa con fervor republicano—. De algunos de los versos de este libro, se ha dicho que poseen una limpidez y una pureza musical sólo comparable con los sonetos de Shakespeare. Otros críticos piensan que es esta una obra menor, ni más ni menos que un libro "para niños", siempre mejor si trae algunos dibujitos interesantes. Efectivamente, es un libro para niños, pero no en el sentido común (esencialmente despectivo) que se le da a la expresión. Poemas de una simplicidad engañosa, los contenidos en las *Canciones de Inocencia* no idealizan ni exaltan un cierto estado de la existencia humana. Aun dentro de la imagen pastoral en que están ambientados, y acaso como un contraste a la vez irónico y cruel, los poemas de Blake destacan la presencia de un niño que será educado por una nodriza incapaz de reconocer su divinidad, y por unos ministros que se encargarán de atraparlo

dentro de las reglamentaciones de un universo de explotación y muerte. El estado de inocencia supone, entonces, una perfección quebradiza: incapaz de rehusar los mandatos autoritarios y represivos del adulto, el niño está condenado a perder su libertad y su sensualidad originales, su estado de "gracia" y las posibilidades de su libido.

Así, al lado de las alegrías pastorales, donde los mismos montes parecen estremecerse con los juegos de los infantes, coexisten el llanto del pequeño deshollinador y el engaño del ángel que predica la sumisión y la obediencia. Esta situación de penuria, abandono y protección dañosa e interesada, que ya existe inequívocamente en las *Canciones de Inocencia*, será uno de los motivos principales del libro complementario: las *Canciones de Experiencia*. Estos textos, que aparecen por primera vez en 1794, reunidos en el volumen *Canciones de Inocencia y Experiencia*, muestran hasta qué punto era Blake un implacable rastreador de la miseria, la explotación y la degradación humanas propias de un estado, el de experiencia, en el que todos somos enrolados con o sin nuestro consentimiento. A pesar de su gran carga de indignación y de denuncia, el libro jamás resulta panfleto ni unilateral. Dentro de la visión totalizante de Blake, la experiencia no aparece solamente como el período de la degradación y la caída, condenable en bloque y sin concesiones. Es también un estado positivo, necesario para el desarrollo psíquico de la humanidad, y que puede ser superado, como lo demuestra toda la obra posterior blakeana.

EL MATRIMONIO DEL CIELO Y EL INFIERNO

*"¿No sabes que cada pájaro que hiede
el airoso camino
Es un inmenso mundo de deleite cerrado
por tus cinco sentidos?"*

W. B.

Al mismo tiempo que delimitaba los mundos de la inocencia y la experiencia, simbolizados por el cordero y el tigre, Blake escribía su obra más directamente polémica y provocadora: *El Matrimonio del Cielo y el Infierno*. Concebido como una réplica a su maestro Swedenborg, al que acusa de haberse dejado emascular por las iglesias, el texto es algo más que una obra maestra de la ironía y la sátira. Es aquí donde Blake establece su peculiar concepción sobre el bien y el mal, de donde se origina el pretendido "malditismo" del poeta londinense, fruto de una lectura deficiente que no capta, como lo han señalado algunos críticos, que Blake no se limita a invertir las categorías morales ortodoxas, sino que se deshace de ellas. Al afirmar que "La Energía es el Eterno Deleite", o que "La Energía es la única vida y proviene del Cuerpo", Blake establece las bases que vuelven condenable toda reglamentación moral, ya que no existe reglamentación que no implique esencialmente algún tipo de represión sexual.

Pero si Blake se hubiera conformado, en *El Matrimonio del Cielo y el Infierno*, con condenar de un modo meramente negativo el universo de la represión, no habríamos dado un sólo paso que no conociéramos ya en su obra anterior. Lo más importante de este libro, al que el propio Swedenborg llamó "el Evangelio de la Revolución de



Blake", reside en una postulación positiva: la ampliación de la percepción. El hombre permanece encerrado, por obra de su caída en el mundo de la generación y la muerte, dentro del abismo de sus cinco sentidos, que le dan a su visión del mundo un contenido meramente pragmático. Acaso el hombre, en este estado, no tiene una visión, sino una *mirada*. La reforma del género humano, y la superación de los estados de inocencia y experiencia, suponen una transformación radical del universo de la percepción. Esta postulación blakeana, que recuerda de alguna forma *Un Ensayo Sobre la Liberación*, de Marcuse, tiene en el poeta inglés un contenido ciertamente escatológico, de contacto con las fuerzas de lo absoluto y lo eterno. "Si las puertas de la percepción se purificasen, dice Blake, cada cosa aparecería al hombre como es, infinita." Sin embargo, esta percepción ampliada, que rompería con la caverna platónica y, en otro contexto, con el Principio de Actuación Social de Marcuse, no habrá de lograrse en la obra de Blake a través de meditaciones o de golpes de pecho. Es la libre satisfacción del impulso sexual, el libre goce de la sensualidad y de la sensoriedad humanas, lo que habrá de limpiar para siempre las puertas de la percepción.

Blake es lo suficientemente claro al respecto:

"...la creación toda será consumida y veráse infinito y puro lo que hoy luce finito y corrompido".

"Esto está llamado a realizarse mediante un perfeccionamiento del goce sensual."

Que la ampliación de la percepción tiene en Blake una connotación política, es algo que puede constatare sin mucha dificultad. No por casualidad uno de sus primeros libros proféticos, *América*, escrito en 1793, y dedicado a exaltar la Revolución Americana, termina haciendo una nueva alusión al mundo de los sentidos. Orc, el genio

revolucionario de Blake, el Prometeo desencadenado de la Revolución, a fin de coronar definitivamente su labor libertaria, prende fuego a los cinco portales de la percepción, lo mismo que a los edificios o moradas de los hombres, contruidos de acuerdo a sus leyes limitadoras:

"Pero los cinco portales fueron consumidos y sus cerrojos y goznes fundidos,

Y las llamas voraces cubrieron los cielos y las moradas de los hombres."

LOS POEMAS MAYORES

"Tembloroso permanezco día y noche, se asombran mis amigos de mí,

Perdonan, sin embargo, mi extravío. Jamás descanso en mi labor enorme:

Abrir los Mundos Eternos, abrir los Ojos inmortales. . ."

W. B.

Habiendo experimentado a los cuatro años de edad su primera alucinación, Blake se adentra con el paso del tiempo en un mundo de símbolo interiores y de experiencias cada vez menos accesibles desde el punto de vista de la psicología de una persona "común". Los biógrafos del poeta, conscientes de su papel como preservadores de los prestigios de la tribu, o la raza, han insistido en que las curiosas vivencias del poeta fueron siempre las del hombre normal. De acuerdo con Mona Wilson, su biógrafa más reconocida, Blake acusaba la posesión, en un grado ampliado, de "una fuerza normal". No obstante, el mundo de persistentes alucinaciones en que vive el poeta, un mundo ciertamente cada vez más intenso y hermético, lo mismo que sus propias declaraciones, cuando afirma que algunas partes de su obra le son "dictadas" por los espíritus, de quienes él es sólo el secretario, hacen pensar típicamente en la experiencia esquizofrénica.

"Hay algo en la locura de este hombre

—escribió Wordsworth—, que me interesa más que la normalidad de Lord Byron y de Walter Scott." "Veo poco al Sr. Blake —escribió su esposa—. Está siempre en el Paraíso."

Después de Wilhelm Reich y de la anti-psiquiatría, sabemos que la experiencia esquizofrénica, lejos de menospreciarse, debe ser asumida con una seriedad absoluta. Desafortunadamente, debido probablemente a su creciente dificultad, la porción más visionaria y trabajada de la obra de Blake, acaso la más madura e importante, es la menos conocida, estudiada y traducida a nuestra lengua. Que nosotros sepamos, no hay en español una traducción completa de ninguna de las obras de madurez de Blake. Y el libro *Visiones*, que comentábamos anteriormente, no desmiente esta afirmación.

Entre los cincuenta y los sesenta años de su vida, el poeta trabaja en lo que puede considerarse su obra definitiva: *Los Cuatro Zoas*, *Milton* y *Jerusalem*, extensos poemas de carácter épico (y profético). El Hombre Arquetípico, la Redención del género humano, conciliado por fin con su propia divinidad, la Abolición del Yo —empresa desmesurada y probablemente terrible, pero que puede tomarse en serio—, y la destrucción de los rastros de la Caída, largamente sufridos por el hombre en su existencia histórica; son algunos de los temas centrales de esta fase culminante de la obra blakeana.

Avanzando desde la inocencia y la experiencia, tesis y antítesis de un mundo movi-lizado por la oposición de los contrarios, y culminando con lo que podría ser la tercera etapa, el Edén terrestre, síntesis de un movimiento histórico que se cancela a sí mismo y se instala en la meta-historia; la obra de Blake merece ser conocida, y discutida, como lo que es, una totalidad, un todo dinámico y complejo que se cierra en sí mismo, y que se yergue como un desafío y una provocación, como una experiencia y un testimonio poéticos de los cuales no puede prescindirse, sin cercenar una parte importante de la conciencia moderna.